

:: RESEÑA

Luz María Pérez Roepke y Sergio Aliaga Araneda (Editores)

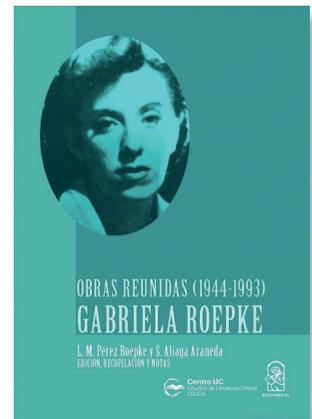
Gabriela Roepke. Obras reunidas (1944-1993)

Santiago, Chile: Ediciones UC
736 pp.

Por Isidora Stevenson

Dramaturga, guionista y directora teatral

isidora.stevenson@gmail.com



En pleno campo chileno, a las orillas de un río ancho y caudaloso, una choza hecha de madera y totora. Un hombre sobre un caballo va vestido de, lo que podríamos llamar, un huaso elegante. Viste una camisa blanca, una pantalón negro, una chaqueta corta negra y un sombrero, también negro. Al hombro, lleva una manta. A su lado, una mujer rubia, también a caballo, también elegante. Ella usa un vestido abotonado hasta el cuello y un sombrero, ambos negros. Del sombrero al vestido, enganchado con un prendedor, una gaza enlazada de un color que no podemos distinguir porque la película es en blanco y negro. Al galope se acercan a la choza.

El hombre sobre el caballo vocifera: “¡Don Neme! ¡Don Neme!”. Desde la choza, evidentemente precaria, sale un hombre de pantalón y camisa arremangados. El hombre va descalzo y es seguido por un joven también de camisa y pantalón, sin arremangar, que lleva ojotas en sus pies. Junto a él, tres niñas y un niño, todos pequeños, todos descalzos. Tras ellos, una mujer, vestida de un color oscuro que no es negro, con un chal a cuadros sobre sus hombros, también descalza. El hombre a caballo es el patrón. La mujer a caballo, su prometida. La mujer que sale de la choza, vestida de un color oscuro que no es negro, con un chal a cuadros sobre sus hombros, también descalza, que pareciera tener el pelo de un castaño cobrizo —pero en realidad es una suposición de la que no podemos tener certeza porque la película es en blanco y negro—, es Gabriela Roepke.

Pauso la película y hago un acercamiento a su rostro.

La imagen pierde nitidez, pero sé que es ella. Es Gabriela Roepke y, ahí, es también Laurencia. Una mujer campesina, esposa de Pascual Neme, madre de Rosario, la joven, campesina también, protagonista de *Río Abajo*¹. Su rictus facial es como de quien está siempre incómoda. Una mueca de amargura y descontento no desaparece en ningún momento de su cara. De la cara de Laurencia.

Aunque en esta escena no escuchamos su voz, sé que es ella. La reconozco. Llevo semanas mirando su rostro en fotografías, siempre en blanco y negro. Mi favorita es una en la que aparece con una máscara de león en la mano derecha donde mira directo a la cámara con ojos adormilados. Necesitaba mirarla antes de leerla. Necesitaba ponerle cara a sus palabras. ¿Cómo se imagina lo que no se conoce?

¿Quién es Gabriela Roepke? Y escribo es y no fue, porque me rehúso a nombrarla en pasado. Me rehúso a aceptar que haya muerto recién en 2013 y no haberla conocido. Me rehúso, siempre, a dar por muertas a las autoras que atraviesan el tiempo. Porque leer a Gabriela Roepke, escuchar su voz, es escuchar también la voz de nuestro tiempo.

Y vuelvo a una de sus fotografías, esta vez ya no a la de la máscara de león con los ojos adormilados que miran a cámara. En esta, el plano es más abierto. También en blanco y negro. También mira directo a la cámara. Está sentada sobre un sofá a cuadros, con las piernas recogidas y escondidas bajo el vestido negro, elegante. En sus manos lleva un vaso largo envuelto en una servilleta o algo así. No sé por qué imagino que en el vaso hay servido un gin tonic. Detrás de su cabeza, un florero que se asoma sobre una mesa con unas flores que podrían ser blancas. Sobre su cabeza, cuelga suspendida una pantalla de lámpara que más parece la corona de una reina. Está rodeada de libros. Algo en la fotografía nos recuerda el living de George y Martha de *¿Quién le teme a Virginia Wolf?* en su versión cinematográfica de 1966.

¿Quién es Gabriela Roepke? A diez años de su muerte se lanzan sus obras reunidas. A diez años de su muerte, por fin tenemos acceso a su vasta, múltiple y diversa obra. Llena de giros, vueltas y cambios de lenguaje. Porque Gabriela Roepke es poeta, dramaturga, ensayista, traductora, académica, libretista de ópera, actriz de cine y una de las fundadoras del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. No es, precisamente, lo que llamaríamos una mujer de su tiempo. Pertenece a la Generación del 50 junto con Isidora Aguirre, María Asunción Requena, Jorge Díaz, Luis Alberto Heiremans, Alejandro Sieveking, Sergio Vodanovic y Egon Wolf, aunque es, sin duda, la menos conocida de esta generación, tal vez porque en su obra, según algunos estudiosos, no se leen intenciones políticas; sin embargo, todas los personajes protagónicos de sus obras son mujeres. Todas. Mujeres inmersas en roles femeninos tradicionales que las dejan sin posibilidades ni perspectivas para satisfacer anhelos propios. Pero tampoco sus protagonistas son, lo que llamaría Virginia Wolf, el ángel de la casa; son mujeres complejas, inquietas, lectoras, curiosas, oscuras e incluso criminales. ¿No hay acaso una intención política ahí? ¿No es una mirada crítica a lo que le toca vivir como mujer inquieta, profesional universitaria, intelectual, soltera, sin hijos y artista de los años 50? Gabriela Roepke describe lo que conoce y aunque es parte de lo que llamaríamos el germen de nuestra modernidad teatral, no se lee en colegios,

1 Película chilena dirigida por Miguel Frank y estrenada en Santiago de Chile el 3 de enero de 1950, inspirada en *Cuentos del Maule* de Mariano Latorre.

apenas se nombra en escuelas de teatro y ni hablar de ver alguna de sus obras en cartelera. Pienso entonces en el trabajo de compañeras que se han dedicado justamente a rescatar del olvido a dramaturgas chilenas. A nombrar, buscar, recopilar, catastrar y volver a nombrar. Porque es la única manera, nombrar una y otra vez con persistencia. Leo lo que NICE (Núcleo de investigación y creación escénica, formado por Lorena Saavedra, Patricia Artés y Maritza Fariás) publicó sobre ella en su libro *Evidencias*. Escucho el capítulo dedicado a Gabriela Roepke en la edición especial llamada *Pioneras del podcast Dramaturgas Chilenas*, proyecto desarrollado por Gabriela González, Daniella Girardi, Isabel Sapiaín y Lía Arenas. Y las nombro a ellas también porque la persistencia de nombrar también tiene que ser nombrar a las que nombran. Porque de eso se trata finalmente, de escuchar a otras, leer a otras, porque es ahí donde nos hacemos aparecer, al ponernos en palabra.

Quito la pausa. La imagen es brutal. El patrón y su prometida, desde el caballo, han venido a ofrecer a Pascual Neme que su hijo mayor, el joven de las ojotas, que según las propias palabras del patrón, “salió curiosamente inteligente de un hombre tan bruto”, vaya a educarse a Santiago. Abajo, a ras de piso, la familia está apiñada, descalza. La madre, Laurencia, Gabriela Roepke, parada siempre tras su marido, ante la negativa de este a la oferta del patrón, pone su mano derecha en su hombro, compungida y silenciosa, con la misma mueca amarga del comienzo. Él, sin siquiera mirarla, le dice “No, Laurencia, las mujeres no entienden de estas cosas”. Ella saca la mano del hombro de su marido y, al moverse un poco, vemos que carga una guagua entre sus brazos. Ella escucha silenciosa, pero su cara nos muestra que no está de acuerdo. Tampoco está de acuerdo con lo siguiente que dice su marido, que mejor se lleven a las niñas de empleadas a la casa, porque “en el campo no sirven pa’na”.

Ocho años después de la filmación de esa escena, Gabriela Roepke escribiría *La Telaraña*. En ella, contaría la historia de Olivia, una mujer acomodada a la que su marido, ante la idea de que las mujeres también pueden pensar, sentencia: “mientras menos pienses, mejor”.

Entre Olivia, escrita por Gabriela, y Laurencia, interpretada por ella, hay una diferencia de clase irreconciliable y, aunque los contextos y las condiciones materiales de ambos personajes son incomparables y pertenecen a épocas distintas, ambas son mandadas a callar por sus maridos.

Te imagino, Gabriela, en ese sillón a cuadros, tomando gin tonic, pensando en Olivia y Laurencia, no dispuesta a que te manden a callar, a dejar de pensar, escribir o viajar, sin la necesidad de ponerte la máscara de león, porque tus ojos sostienen la mirada; tú sabes mirar a la cámara de frente.

Diez años han pasado desde la muerte de esta genia que es Gabriela Roepke y aún no se hace justicia frente a tanto silencio y desconocimiento. Perdónanos, Gabriela. Qué injusto este país con sus Gabrielas. Qué ganas de estar sentada al lado tuyo en ese sillón a cuadrillé tomando gin tonic y escuchándote repetir esa frase hermosa que dijiste sobre escribir: “es una manera de descubrir dentro de nosotros un algo nuevo que antes solamente se intuía”.

Diez años han pasado desde la muerte de Gabriel Roepke y aún no se la lee en colegios, apenas se la nombra en escuelas de teatro y ni hablar de ver alguna de sus obras en cartelera. Este libro viene a subsanar este vacío, ese silencio en torno a su obra. Viene a reflotar su voz elegante y precisa, su mirada directa, pero no es suficiente ahora con nombrar, porque como ella misma dijo: “una obra que no se estrena, no está viva”.